



El corazón abierto, lleno de luz.
Notas afectivas sobre hechos corporales,
o al revés

María Victoria Dahbar*

soy: no lo niego.

estoy: no lo niego.

soy.

sí: más cerca.

sí: que nadie explote a nadie.

sí: que nadie a nadie.

sí: la clase obrera.

sí: sectaria sí.

Leónidas Lamborghini, 1972, *Eva Perón en la hoguera*

Fundo-me

y así

fundo mi estirpe.

Marianela Saavedra, 2021, *Poesía gorda*

Quien crea que las palabras no hacen cuerpo, se equivoca. Quien crea que las palabras no lo deshacen, se equivoca también.¹ Cuando hablamos de lo performativo del lenguaje, no hablábamos de otra cosa, de lo que le hacen las palabras al cuerpo, pero también de lo que le hace el cuerpo a la palabra. Hay que volver sobre el lenguaje, porque el cuerpo irrumpe y excede la violencia del nombrar. *Escrito desde los cuerpos* reúne una serie de palabras que, saliendo desde el cuerpo, también lo tocan y, como cree Marianela Saavedra, fundan estirpe.

¹ Tomo para el título de este escrito una línea del poema “Despliega tus alas” de Gladys Romero, incluido en esta antología. Conforme avanza el escrito, también retomo líneas de los poemas, que destaco en cursiva para distinguirlas de mi escritura.

* Facultad de Filosofía y Humanidades y Facultad de Ciencias de la Comunicación / Universidad Nacional de Córdoba - victoriadahbar@unc.edu.ar

Cuando Descartes insistió en volver a la Filosofía una Ciencia, una ciencia que sin embargo estuviera bajo el manto de la Teología, escribió un texto extraño: las *Meditaciones Metafísicas*.² Allí, como primera medida, hizo algo que solemos olvidar, un ejercicio corporal que es meditar. Tuvo tiempo de meditar. El tiempo, esa condición indispensable para la reflexión. Y tuvo un cuerpo para hacerlo. Se dio al ejercicio de la meditación, considerando la transformación corporal que implica y, tal como nos recordaba Pierre Hadot,³ estaba convencido de que sus lectores debían también meditar sus meditaciones, detenerse de manera regular, durante algunos meses, sobre la primera y la segunda especialmente. El texto es extraño desde su título, donde se juntan un ejercicio corporal, físico, como el de meditar, y un objeto o un atributo, aquello que está más allá de la física. La historia de Occidente dirá qué término se impuso sobre el otro, si es que finalmente esa consciencia, ese yo descarnado, pudo imponerse sobre ese cuerpo que lo medita. *Escrito desde el cuerpo*, que no es un texto cartesiano, que parece un texto antagonista, se acerca sin embargo en dos momentos particulares: está, como las *Meditaciones* y pese a ellas, escrito desde esa materia que desborda y, también como las *Meditaciones*, no es un texto de lectura rápida. Requiere, de parte de quien lee, disponer el cuerpo de manera regular, porque los poemas superponen capas auto-
rales, temporales, temáticas, sensibles.

A este libro puede ingresarse con cartas de navegación diversas. La mía anuda ciertos pasajes que me tocaron, con puntos centrales de mi reflexión actual dedicada al vínculo entre violencia, tiempo y emociones.

2 Me refiero a *Meditationes de prima philosophia*. El texto original de las meditaciones fue publicado en latín en 1641 bajo el título *Meditationes concernientes a la filosofía primera en las cuales se demuestra la existencia de Dios y la distinción real entre el alma y el cuerpo del hombre*. En 1647 se publica en francés, a instancias de Louis Charles D'Albert de Luynes y bajo la supervisión de René Descartes.

3 Hay una conocida controversia entre el Pierre Hadot de *Ejercicios espirituales y filosofía antigua* (2006) y el Michel Foucault de *La hermenéutica del sujeto* (2000) con relación al lugar del cuerpo en las meditaciones cartesianas. Foucault dirá que Descartes representa el corte entre las meditaciones como ejercicio y la posibilidad del acceso a la sabiduría o a la verdad. Hadot, en cambio, entiende que esa ruptura “se produjo durante la Edad Media, en el instante en que la filosofía se convirtió en auxiliar de la teología y en el que los ejercicios espirituales se asimilaron a la vida cristiana, independizándose de la vida filosófica” (Hadot, 2006: 255). Agradezco a Alberto Beto Canseco, junto a quien conversamos sobre el carácter corporal de las meditaciones.

Anudaremos entonces los poemas a la temporalidad abierta que actualizan esos cuerpos que toman la palabra, al vínculo entre la palabra, el cuerpo y la escucha, y de nuevo a la pregunta por lo que tienen para decirnos aquellos sentimientos considerados negativos.

Antes que te olvides de vos

Con relación a la temporalidad de los cuerpos y los afectos que despliegan, puede decirse que a los poemas los recorren varios motivos temporales: el olvido, el pasado, la niña que fuimos, que de vez en cuando somos, que volveremos a ser (porque *las partes rotas no se arreglan*). El sacrificio hacia la promesa del futuro (*no quiero desanimarte, pero te falta bastante*), las historias de injusticia que regresan, el mientras tanto. Los planes, la crueldad del optimismo, saber que nadie cumple la norma de manera total, que no existe algo así como *la fórmula para ser querida*, porque, al final, *cuando fui delgada tampoco alcanzó*. Unos años atrás la australiana Sara Ahmed (2019) ya anudaba tiempo y emociones en su crítica a esa idea de felicidad que se vuelve promesa, que exige sacrificios, que resulta en una técnica disciplinaria, de manera que seremos más o menos felices según nos adecuemos más o menos a unas normas corporales y afectivas, según persigamos con mayor o menor éxito aquello que se delimita como un objeto feliz. Y vaya si la delgadez en este marco funciona como promesa, como llave.

Unas décadas atrás, decía Michel Foucault (2022), lo que ocurre con el poder es que no sólo reprime o prohíbe, sino que también produce. El poder disciplinario, particularmente, ¿qué produce? Cuerpos dóciles. El mandato magro, dice este libro, produce paso a paso. Cuando el poder actúa sobre el cuerpo que desborda, que abriga, y lo produce, usa todo tipo de armas: la salud, la felicidad, tu bien personal. Una micropolítica de la crueldad apoyada en el buenismo. Foucault lo definió como los métodos del buen encauzamiento, las maneras de encauzar no sólo nuestro cuerpo sino nuestro comportamiento y nuestra conducta. Y lo que sucede con los métodos es que, afortunadamente, fallan. ¿Y cómo es que fallan? Cada vez que se repite la norma, aparece la oportunidad de reforzarla o de torcerla, aunque más no sea de manera sutil. Mientras tanto los cuerpos existen, y existen en el presente. Porque a veces el cuerpo dice basta. A veces es una decisión, como cuando Mumi Pinto dice *hoy voy a hacer las cosas mal*. A veces simplemente el orden de las cosas se interrumpe, porque como nos re-

cuerda Sol Donaire, *este cuerpo es mío, no lo olviden*. Este cuerpo es mío, no lo olviden. Este cuerpo, este cuerpo, es mío. No lo olviden, no lo olviden.

Volviendo a Ahmed, en su pregunta por lo que hacen las emociones, la autora ensaya un enfoque que es, justamente, performativo. Piensa, tal como nos ha recordado Ianina Moretti Basso (2023), que las normas funcionan en los cuerpos produciendo “lesiones por esfuerzo repetitivo” (Ahmed, 2014: 222). Y que es necesario detenerse a pensar en ese funcionamiento porque hay una pregunta mayor, alojada en la demanda de comprender por qué es tan difícil la transformación social. En sus palabras “¿Por qué las relaciones de poder son tan inmanejables y duraderas, incluso cuando se enfrentan a las formas colectivas de resistencia?” (Ahmed, 2014: 38). Por supuesto que a esa pregunta le convienen algunas modulaciones. A la luz de estos poemas, o a su sombra, podríamos señalar que, estrictamente, lo difícil no es la transformación social, sino la transformación social en un sentido igualitario y emancipatorio. Cualquiera sea el caso, Ahmed ofrece una respuesta específica a dicha pregunta, señalando a las emociones como esas relaciones que pueden atarnos, y de hecho nos atan, a las condiciones mismas de nuestra subordinación.

Ahmed y este libro saben que reconstruir la historia de la felicidad es reconstruir la historia de su distribución. La felicidad funciona muchas veces reduciendo nuestras posibilidades, piensa Ahmed, porque tanto en su forma nostálgica como promisoría, la felicidad que fue o la que vendrá, se trata de algo que no está en el presente: habremos de lamentar su pérdida o habremos de sacrificar el presente en pos de conseguirla. No es que la felicidad no (nos) importe. Es que no debería ser un mandato, o ser utilizada, muchas veces, como un escudo ante lo que la vida tiene para ofrecernos si salimos de ese camino rígido. No debería limitar nuestra capacidad de acción toda vez que nos marca reglas claras: qué considerar un objeto feliz, cómo perseguirlo, qué castigos aleccionadores recibir cuando una se ha corrido del camino. Porque, como nos recordaba Foucault, castigar es ejercitar. La felicidad, concluía Ahmed, debería poder ser un camino entre tantos otros, una posibilidad. Una felicidad más afortunada, en el a veces olvidado sentido de la palabra *fortuna* como una ocasión de la suerte, algo fortuito, aquello que puede o no puede ocurrir y, de ocurrir, puede hacerlo de diversos modos.

Cuando fui delgada tampoco alcanzó

Nunca alcanza. Decía Lauren Berlant que el optimismo muchas veces funciona de manera cruel. Porque nos vincula con meras fantasías, nos ata a las condiciones de nuestra subordinación, nos desgasta, impide nuestro florecimiento. Su crueldad parece depender de una idea de temporalidad según la cual “la vida buena llegará cuando no haya más dolor sino sólo (tu) felicidad”, una idea que es finalmente insostenible, por una parte, porque “no hace nada por alterar las estructuras hegemónicas de la normatividad” (Berlant en Macón, 2013: 20), pero además, porque a fin de cuentas, ensayar en términos individuales “la reparación del dolor no acarrea consigo una vida justa” (Berlant en Macón, 2014: 177). Pero a veces esa crueldad se suspende, a veces se suspende la reproducción de la vida considerada habituada o normativa, como un señalamiento de que estar perdidxs, desorientadxs, titubeantes, puede habilitar un encuentro potencialmente transformador. Al contrario, las “tecnologías de la paciencia” que *Escrito desde los cuerpos* expone, se suspenden en el propio performativo de la escritura.

¿Y qué con los malos sentimientos? ¿Qué con la tristeza, con la rabia, el resentimiento, y tantos otros aparecidos en este libro? ¿Son sentimientos que debemos superar, dejar atrás? ¿Pero atrás de qué? El primer problema, decía Sara Ahmed (2014), es aceptar el criterio para trazar la línea entre los buenos y los malos sentimientos, pero, además, suponer que “los malos son regresivos y conservadores y los buenos, progresistas y transformadores” (Ahmed, 2014: 435). Lo que hace esa distinción es desaparecer las distintas formas históricas que toma la injusticia, que, como bien señalan estos poemas, no han acabado, se actualizan cada vez: “La demanda de que seamos personas afirmativas hace que estas historias se desvanezcan al leerlas como una forma de melancolía (como si nos obstinásemos en aferrarnos a algo que ya pasó)” (Ahmed, 2014: 436). ¿Cuál es el problema con esa demanda? Pues que “estas historias no han pasado, y en realidad estaríamos dejando ir algo que persiste en el presente. Soltar sería en realidad mantener estas historias presentes” (Ahmed, 2014: 436). ¿Qué hace en estos asuntos la crítica feminista? Ofrecer mejores explicaciones. A lo largo de su revisión de la promesa de la felicidad, Ahmed nos ha mostrado que aquellos sentimientos considerados malos, en realidad “constituyen

respuestas creativas a historias que aún no han terminado” (Ahmed, 2014: 436).

Que alguien le diga que se va a caer

En esa carta de navegación con la que transitar estas palabras, decía, aparece una alerta sobre el vínculo entre la palabra, el cuerpo y la escucha. *Que alguien le diga que se va a caer*. ¿Hay quien pueda escuchar esas palabras, hacerlas cuerpo? ¿Se requieren condiciones para esa escucha? La interrupción que es la palabra, ¿altera o puede alterar las condiciones de la escucha? Hay una esperanza performativa en torcer las condiciones de la escucha, en que las palabras ya no sean perseguidoras sino una llave, otra promesa de un presente tan abierto como el futuro. Porque si no hay lugar en ese cielo prometido para todos los cuerpos, si no hay espacio para un cuerpo que se mueve como las olas del mar, lo que toca es abandonarlo, inventar otro, hacer un hueco. Decía Vicente Luy (2015): ¿tus palabras no atraviesan las paredes? Modifica *tus palabras*. Diría yo, además: ¿hay palabras que te atraviesan? Modifica tus paredes. La escucha es también su pausa, no se puede escuchar todo, no se puede alojar cualquier palabra en el cuerpo.

Después, decir lo obvio: es importante que este libro circule de mano en mano, de correo en correo, de celular en celular, que circule en la academia, que lo lean los equipos de investigación, que alguien en el bondi se lo lea a otre mientras odian al mundo, y con razones. Aquí se hace conocimiento, aquí se piensa, aquí se escribe. Aquí se rearma el cuerpo.

Quien diga que las palabras no hacen cuerpo, se equivoca. Quien diga que las palabras no lo deshacen, se equivoca también. Pero las palabras pueden ser otras. El régimen puede intentar que los cuerpos no existan en el presente, que existan en la temporalidad de la promesa, en su rigidez, en su imposibilidad de otras experiencias. ¿Y mientras tanto? Mientras tanto se escribe, se canta rap, se funda una estirpe, se abre el corazón lleno de luz, se baila, se olvida, se habita la belleza y su torsión. Mientras tanto las palabras no sustituyen a las cosas, pero les modifican el contorno.

Referencias

- Ahmed, Sara. (2019 [2001]). *La promesa de la felicidad. Una crítica cultural al imperativo de la alegría*. Buenos Aires: Caja Negra.
- Ahmed, Sara. (2014 [2004]). *La política cultural de las emociones*. México: UNAM.
- Berlant, Lauren. (2020 [2011]). *El optimismo cruel*. Buenos Aires: Caja Negra
- Descartes, René. (2014 [1647]). *Meditaciones metafísicas seguidas de las objeciones y respuestas*. Madrid: Gredos.
- Foucault, Michel. (2002 [1975]). *Vigilar y castigar. El nacimiento de la prisión*. Siglo XXI Editores.
- Foucault, Michel. (2000 [1982]). *La hermenéutica del sujeto. Curso en el Collège de France (1981-1982)*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Hadot, Pierre. (2006 [1981]). *Ejercicios espirituales y filosofía antigua*. Madrid: Ediciones Siruela.
- Luy, Vicente. (2015). *Poesía popular argentina*. Buenos Aires: Añosluz Editora.
- Macón, Cecilia. (2014). Género, afectos y política: Lauren Berlant y la irrupción de un dilema. *Debate Feminista*, 49, pp. 163-186. México: Universidad Nacional Autónoma de México. [https://doi.org/10.1016/S0188-9478\(16\)30009-3](https://doi.org/10.1016/S0188-9478(16)30009-3)
- Macón, Cecilia. (2013). Sentimus ergo sumus: el surgimiento del “giro afectivo” y su impacto sobre la filosofía política. *Revista Latinoamericana de Filosofía Política*, II (6), pp. 1-32. Buenos Aires: Centro de Investigaciones Filosóficas. <https://rlfp.org.ar/revista/index.php/RLFP/article/view/49>

Moretti Basso, Ianina y Crosa, Ana Julia. (2023). Una mirada entornada. La intimidad a través del marco. *Cuadernos del CIPeCo*, 3 (6), pp. 56-73. Córdoba: UNC. <https://revistas.unc.edu.ar/index.php/CIPeCo/article/view/44835>